

J. E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ
La perspectiva sociológica
(Madrid, Taurus, 1989)

Es un hecho notable, a tener en cuenta por los sociólogos, el que frente a la proliferación bibliográfica referida a los diversos aspectos que abarca la sociología se encuentre tan descuidado el campo de la teoría sociológica. Sin embargo, no voy a aducir las diversas razones y circunstancias que configuran dicho resultado, pues no es éste el lugar para dilucidar tal cuestión y, además, como ha ocurrido en otras ocasiones, hay que hacer notar que a pesar de ese probable y presunto olvido consciente o falta de dedicación especializada, por suerte se publican de cuando en cuando obras que, dado su alcance y eximiedad, suplen con creces a partir de sus cualidades inherente esa falta de cantidad. Comprendida entre esas mínimas pero fecundas obras se en-

cuentra, por la entidad de sus méritos, *La perspectiva sociológica*, de José Enrique Rodríguez Ibáñez.

Este autor, continuando la línea de aciertos iniciada con sus obras *Teoría crítica y sociología* (Siglo XXI, 1978) y *El sueño de la razón (La modernidad a la luz de la teoría social)* (Taurus, 1982), nos presenta, a partir del rigor y la reflexión, ahora un producto tan elaborado que en mi opinión supone, por una parte, la realización de las potencialidades teóricas contenidas en aquellas producciones y, por otra, un destacado avance en el progresivo desarrollo de la teoría sociológica española.

Con el ánimo de lograr una adecuada y objetiva aproximación informativa, a causa de las posibilidades que suscitan las reiteradas aportaciones que se vierten en este dis-

curso, he considerado conveniente proceder de un modo fragmentario —sin perder de vista, en ningún momento, el contexto y el horizonte global del que forman parte y en el cual se encuentran perfectamente insertados— a fin de poder cumplir con el propósito planteado. En este sentido y siguiendo, a grandes rasgos, el índice de *La perspectiva sociológica* he realizado, con fines puramente analíticos y de exposición, el siguiente esquema interpretativo:

- a) Advertencia y presupuestos teórico-metodológicos.
- b) Emergencia, desarrollo y actualidad de la sociología.
- c) Metodología y modelos: panorámica actual.
- d) Conclusiones.

a) El primer apartado abarca una nota que antecede al texto y que es necesario destacar con el fin de evitar confusiones posiblemente producto de apuradas lecturas. Dicha acotación se refiere a que, admitida la amplitud y características del tema, éste ha requerido seguir un criterio selectivo —toda elección es una reducción— que conducirá a la exposición, dado el estado actual de la cuestión, de lo que, a juicio del autor, se ha considerado más notable y significativo. Al mismo tiempo, se inserta una declaración que tiene por objeto manifestar que su intención es «contribuir con rigor al debate propio de la ciencia social» (p. 13) y «suministrar un instrumento didáctico que pueda resultar útil, como manual o texto de apoyo, en cursos universitarios de

Sociología, Teoría Sociológica y Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales» (p. 13) y una puntual y sobresaliente introducción en la que, de manera concreta y detallada, señala sus objetivos y las limitaciones que derivan de tan dilatada y compleja problemática. Por último, establece singularmente el campo y las reglas que rigen su disertación.

He transcrito alguna de las interesantes observaciones que se exponen en el texto, pues nos facilitan acceder, a través de lo escrito, a los supuestos y principios sobre los que se ha construido el discurso. Así, se formula sobre el conocimiento sociológico en relación con otro tipo de saberes, el acertado consejo de que «el complejo de inferioridad del saber sociológico frente a otras disciplinas debe desaparecer» (p. 15). En la coetaneidad no hay lugar para lo que antaño eran eternas discusiones sobre si la sociología era o no era una ciencia, pues hoy, admitida la científicidad de la sociología, el motivo de la controversia se centra en discernir lo que es sociología científica frente a todo aquello que se pretende tal y no es más que simple sucedáneo, es decir, literatura o estadística. En la actualidad, es obligado admitir que los logros alcanzados por la Sociología en su proceso de constante desarrollo —tanto a nivel teórico como empírico y metodológico— le van a permitir «analizar cómo los hechos sociales se convierten en hechos de conocimiento social, es decir, cómo los elaboramos según un conjunto de categorías sistemáticas y qué relación existe entre esas categorías y los hechos

que se estudian y la licitud que en el orden del conocimiento científico o de una estructura metodológica científica tenga esa relación»¹ y así sustraerse de la condición o papel de disciplina subalterna e ingresar, asumiendo su autonomía, con pleno derecho en el espacio que ocupan las demás disciplinas científicas.

Reducidas a sus propias limitaciones todas aquellas concepciones de la realidad que pretendían dar cuenta a partir de sus visiones unilaterales —por lo tanto, parciales ya que inciden en este o aquel factor subordinando al resto de los elementos que la componen a esta o aquella determinante conclusión— de la sociedad en su totalidad, la sociología, con transparente vocación científica aceptó sociológicamente como un hecho ineludible la necesidad de reconocer el pluralismo como producto de los diversos procederes existentes y por existir (su propia historia es reveladora de la existencia, desde su propia genealogía, de diferentes modos de tratar lo social según sea el supuesto o punto de partida adoptado: Rousseau-Montesquieu, Saint-Simon-Comte, Marx-Durkheim, etc.) que, en su diversidad unitaria, convergen y facilitan un mayor conocimiento de la realidad social. El contraste entre los diversos paradigmas amplía la perspectiva que se traduce positivamente en un incremento del acervo sociológico y en una mayor eficacia y rigor de nuestra disciplina.

Hemos asistido y estamos asis-

tiendo, sin duda alguna, a la caída de los tradicionales dogmas y a la defenestración de sus administradores inquisitoriales que en su conjunto desvirtuaban el *status*, la entidad y las funciones de la sociología: la evidencia de los hechos hace insostenibles las actitudes dogmáticas y sus correspondientes aspiraciones absolutistas. De ahí que «la presencia de diversos paradigmas contendientes y posturas pro-teóricas o pro-empíricas no sólo no cierra la plausibilidad del debate sociológico, sino que constituye la savia nutricia de todo debate científico, dentro y fuera de la sociología. Ningún saber organizado incluye entre sus metas la búsqueda de Absolutos y, cuando lo hace, se desvirtúa a sí mismo» (pp. 16-17).

La sociología, como ciencia, necesita tener en cuenta que una de sus atribuciones fundamentales es revelar —producto de su desarrollo—, por medio de la explicación y la comprensión, que su propio objeto de estudio está sometido a una lógica dialéctica —frente a la lógica mecánica—, lo que supone, inevitablemente, que en su dinamicidad se ha complejizado. E. Lamo de Espinosa apunta que «la actitud usual ha sido, y sigue siendo, estudiar en profundidad cómo la sociedad ha influido e influye en la sociología y las restantes ciencias sociales. Lo que propongo es que comencemos a investigar también la causalidad contraria, tomando a la ciencia social como variable independiente y la sociedad como variable dependiente, para indagar cómo esta ciencia es capaz de alterar la sociedad que

¹ E. TIERNO GALVÁN, *Conocimiento y Ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, reimp., 1973, pp. 15-16.

trata de captar neutralmente y ello, a menudo, sin saberlo, es decir, que analicemos cuáles son las consecuencias no intencionadas de la acción social investigadora»². Además, conviene desvelar de manera coherente y reflexiva que, probablemente, el medio más idóneo de aproximación a la realidad social, desde el punto de vista de las ciencias sociales, es la aceptación de la complementariedad recurrente de las distintas visiones —parciales— que se ofrecen sobre lo social: de la correcta utilización de este pluralismo existente obtendremos como beneficio un mayor conocimiento de nuestro propio objeto de estudio. No hace mucho tiempo que la situación estaba definida, como muy bien alega Ludolfo Paramio, por «la conciencia de que las ciencias sociales eran multiparadigmáticas, lo que no era sino una forma educada de confesar que en ellas reinaba un llamativo caos teórico»³. Sin embargo, en la actualidad, a partir del reconocimiento y aceptación de lo que ha sido muy bien fundamentado por Román Reyes, nos encontramos en la posición y perspectiva de que «llamamos ahora pluralismo a lo que antes registrábamos como objetividad. La objetividad era un compromiso, el pluralismo es un programa»⁴. Así pues, ahora no sólo la sociología y la sociedad dis-

ponen de mayores posibilidades, sino que también los sociólogos nos hallamos libres de aquellos corsés interpretativos y etiquetas definidoras que en su unilateralidad dogmática no permitían la plausibilidad de otros planteamientos.

La sociología, al contrario de lo que piensan los pesimistas y relativistas, desde la admisión de la complejización de su objeto de estudio y de la reciprocidad de las influencias va a mostrar, qué duda cabe, sus debilidades e insuficiencias. No obstante y por paradójico que resulte, dicha inexcusabilidad la convierte cada vez en más apta como ciencia, pues todo ello supone, sin duda alguna, reducir las posibilidades de la mera ideología y de cualquier tipo de pseudociencia. La sociología, como ciencia social y de lo social, tiene que asumir que su objeto de estudio no le permite ser definitiva en sus conclusiones sobre la realidad, ya que dicho objeto resulta, por el momento, incommensurable en su totalidad y dinamismo.

Con relación a esto, manifiesta el profesor Rodríguez Ibáñez que «la sociedad no es un objeto de conocimiento dócil, sino un objeto *sui generis*, receptivo y reflexivo, que reincide sobre las propias propuestas sociológicas elaboradas a partir de su estudio» (p. 17). A mi juicio, es necesario asumir plenamente esta observación porque no sólo implica ampliar la perspectiva de futuros análisis, sino que, de igual forma, permite superar las deficiencias presentes en los distintos enfoques que se han hecho sobre la sociedad a

² E. LAMO DE ESPINOSA, «Predicción, reflexibilidad y transparencia», en *REIS*, núm. 43, julio-septiembre, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988, p. 73.

³ Ludolfo PARAMIO, *Tras el diluvio*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 6.

⁴ Román REYES, *Filosofía de las ciencias sociales*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1988, p. 247.

causa de no tener en cuenta esta importante faceta, junto a las demás, de la organización social. Por eso, probablemente, el error de algunas concepciones sociológicas —como, por ejemplo, el positivismo de lo establecido, el normativismo cosificador, el marxismo vulgar de la simple mecánica y algunas derivaciones de la fenomenología que reproducen la superficial cotidianeidad— ha sido intentar reducir la sociedad en su globalidad a un simple objeto inerte y, por lo tanto, fácilmente traducible a operativos conceptos olvidándose de la inconmensurable dinamicidad reflexiva, receptiva, adaptativa y deseante de que disponen los hombres. Sin olvidarnos de que los citados modelos, en su parcialidad fragmentaria, han supuesto inequívocamente notables logros y la configuración de la actual ciencia sociológica —aunque sería mejor decir que ellos mismos constituyen la propia sociología—; considero que es necesario destacar que el aludido progreso de la sociología ha tenido como supuesto básico de análisis la delimitación precisa y controlada de las regularidades sociales existentes en la sociedad. Esto es, se asume el estudio, a partir de la racionalidad instrumental, de la sociedad —esa vasta construcción social que socializa y resocializa, por medio de sus poderes e instituciones, a los hombres y que éstos, a su vez, como espléndidos actores sociales la producen y reproducen de manera racional y esquizofrénicamente— como ente fácilmente controlable en sus aspectos funcionales: el punto de partida de estos

modelos no ha sido otro que la consideración determinante y por separado de lo estructural o de lo simbólico en los quehaceres sociales.

Sin detenernos por más tiempo en este punto, y a falta de otros términos más adecuados, se puede argumentar que la sociología tiene que ir más allá de la simple consideración de su objeto como una cosa (determinada estructural o simbólicamente y por separado); aunque, eso sí, manteniendo siempre presente que todo sistema social está sometido a la lógica del control que es quien permite su supervivencia. En otros términos, la dominación exige actitudes, comportamientos y adaptaciones que en su constancia social permiten su sistematización científica. Si antes hablaba de errores, ahora realizo la observación de que los éxitos de muchos paradigmas son el producto de los coherentes y acertados análisis que se han realizado sobre estas reificaciones. Sin embargo, los procesos de cambio económico, sociocultural y político a que estamos asistiendo en las sociedades desarrolladas y el actual estado de los conocimientos sociológicos obligan a un replanteamiento de estas cuestiones y a la necesidad de analizar la sociedad a partir de procedimientos conjuntos (estructurales y simbólicos, a la vez), pluralistas y dinámicos de la sociedad.

Establecida su oportuna importancia, destaco las siguientes proposiciones que resumen singularmente las concepciones a partir de las cuales el autor construye esta meritoria obra:

— «Renunciar al afán de universalidad equivaldría a renunciar al propio proyecto sociológico» (p. 17).

— «La disciplina sociológica, en mi opinión, debe aspirar al mayor rigor en el conocimiento de la sociedad, entendida como proceso constante de producción de sí misma» (p. 18).

— «En cuanto al método, creo que la sociología se debe proponer ser analítica y crítica a partes iguales: analítica por exigente en lo que respecta a penetración y fiabilidad de los estudios, y crítica por consciente de la peculiaridad del objeto sobre el que trabaja» (p. 18).

— «El ideal de la sociología pasa por un constante replanteamiento radical de sus datos y de sus métodos» (p. 21).

En otro orden de cuestiones propone «la obligación de intentar simultanear en los estudios sociológicos el análisis cuantitativo y el cualitativo, para que ambos, en su mutuo cruce, puedan corregir eventuales sesgos» (p. 21), y nos dice que «la suerte de la sociología corre pareja a la de la era moderna nacida de la Ilustración, pues forma parte del proyecto mismo de esta última, y los sucesivos avatares teóricos metodológicos de la disciplina se enmarcan también en las modulaciones peculiares del *ethos* de la modernidad (p. 22).

Algo que debemos tener muy en cuenta, y que a la postre sirve de hilo conductor del discurso que contiene *La perspectiva sociológica*, es lo que el autor nos comunica, en los prolegómenos, refiriéndose a que «el

despliegue argumental que me dispongo a entablar se remonta a su génesis y se va sustanciando en parte a partir precisamente de tal génesis. Ahora bien, no se trata de la mención de unos simples antecedentes; al contrario, si la historia aparece es porque la discusión acerca de teoría y método no puede prescindir de ella» (p. 22).

Aunque, por su propia transparencia, las citadas proposiciones no necesitan de comentario alguno, he de recalcar de ellas las siguientes consideraciones generales al respecto.

Es un hecho o realidad necesaria la mundialización del plan de la sociología como ciencia. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que dicha universalidad no quiere decir en ningún momento que no se reconozca el existente pluralismo configurado a partir de las distintas sociedades que producen sus propias, adecuadas y específicas culturas (dejamos para otra ocasión las cuestiones relativas a la internacionalización progresiva de las sociedades capitalistas y sus consecuentes tendencias homogeneizadoras). Al mismo tiempo, esta globalidad que pretende la disciplina sociológica se puede convertir en una valiosa instancia crítica frente a muchas sociedades y seudosociologías, que no responden o se desvían de la lógica de dicho y eventual paradigma sociológico universal y emancipador de los seres humanos.

Conviene precisar, para evitar malentendidos, que por paradigma entendemos lo formulado recientemente por L. Racionero y L. Medina, a saber: «un conjunto de acuerdos

sobre cómo considerar e investigar la realidad»⁵ y que «una vez consolidado el paradigma, la realidad queda definida por él. La realidad es como es, pero, para los humanos, la realidad es función del paradigma con que se mira. La realidad es creada por el paradigma»⁶; de ahí que «si se cambia el paradigma, se cambia la realidad»⁷. De este modo y desde el momento en que se reconoce la diversidad y el pluralismo de los planteamientos a partir de la variedad de los procedimientos se intenta, por una parte, alcanzar la confluencia positiva de las visiones por medio de una estrategia conducente a reconocer lo inacabado y lo no sabido del objeto de nuestra ciencia y, por otra, se desecha a uno de los mayores males, consistente en fomentar indiscriminadamente las inclusiones ideológicas en la disciplina según sean los intereses a defender y los objetivos a destruir, que casi siempre ha planeado sobre el discurso sociológico y que ha impedido y sigue impidiendo —aunque cada vez menos por su insostenibilidad— el desarrollo del conocimiento científico-social.

Sin duda alguna, los paradigmas cambian, y son estas fluctuaciones las que permiten el ingreso en el nuevo o en los actuales paradigmas de otros puntos de vista también científicos sobre la realidad. Para evitar caer de nuevo en discusiones im-

procedentes y contribuir a la unidad de criterios de la sociología a partir de una realidad social —como hemos dicho— diversa, pluralista, cambiante e irresistible, necesitamos tener siempre presente y recordar con Max Weber que «nuestra intención no es tampoco sustituir una concepción unilateralmente “materialista” de la cultura y de la historia por una concepción contraria de unilateral causalismo espiritualista. Materialismo y espiritualismo son interpretaciones igualmente posibles, pero como trabajo preliminar; sí, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para servir la verdad histórica»⁸. Debo insistir, aunque sea repitiendo, que a causa de que la sociedad no es un objeto acabado, inexcusablemente tendrá que ocurrir lo mismo con los tratamientos de que disponemos para analizar la realidad social: dialéctica y mecánica del objeto y del medio que apunta el dinamismo indefinido de ambos. De aquí los replanteamientos y renacimientos de «nuevas» perspectivas en la sociología y la necesidad de cambiar el dogmatismo improductivo por las posibilidades que ofrece la cooperación a partir de las afinidades y del enfrentamiento, polémica y conjunción constructiva de los paradigmas existentes: sin duda alguna, actualización y relevancia del discurso teórico y metodológico weberiano. Pero, también, revisión de los discursos clásicos y contemporáneos a partir

⁵ L. RACIONERO y L. MEDINA, *El nuevo paradigma*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1990, p. 16.

⁶ L. RACIONERO y L. MEDINA, *op. cit.*, p. 16.

⁷ L. RACIONERO y L. MEDINA, *op. cit.*, p. 16.

⁸ M. WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 4.ª ed., 1977, pp. 261-262.

de la aceptación selectiva de las ineludibles aportaciones que se vierten en ellos, para que de esta forma dispongamos de un medio más adecuado que facilite una mayor aproximación a la compleja realidad social en cuanto a comprensión, explicación y conocimiento de la misma se refiere.

Evidentemente, debemos evitar caer en uno u otro tipo de reduccionismos, pues como se ha demostrado hasta la fecha —la realidad ha sido uno de los más agudos críticos— son inoperantes en su aislamiento, y para ello nada más eficaz que reconocer que la sociedad no se reduce a este o aquel factor, causa, punto de vista o cualquier otra denominación y, además, admitir que es la propia sociedad quien exige a la sociología y a los sociólogos un continuo replanteamiento y, a su vez, que es la dinámica propia del conocimiento quien reivindica la complementariedad de las viejas y nuevas formulaciones sobre lo social. Y hemos de seguir dicho dinamismo —de la realidad social y del conocimiento— en nuestros análisis de forma pluralista y unitaria, pues de lo contrario ahondamos y facilitamos la permanencia y el surgimiento de las ya criticadas visiones unilaterales, con sus consecuentes sacralizaciones de los factores o elementos que son o constituyen el punto de partida de tales concepciones: caída en el reduccionismo de las perspectivas y parcialización de los resultados incrementando, por lo tanto, los espacios del relativismo retrógrado.

La sociología, para progresar en

su científicidad, necesita ser rigurosamente analítica en el estudio de su objeto, deslindándose así de aquellos acercamientos pseudosociológicos que, en su exceso de idealismo o empirismo, la reducen paradójicamente a su ineficacia científica y crítica. De ahí que, asimismo, esta disciplina tenga que ser crítica por razones de su propio objeto y de las premisas lógico-objetivas de su condición de ciencia que, entre otros supuestos, no le permiten ser acrítica ante los oscurantismos interesados. Esta circunstancia —el ser funcional y no crítica para el sistema establecido— que ha ocupado y ocupa ciertos espacios y tiempos de la historia de la sociología (desde el estructural-funcionalismo hasta el propio marxismo) ha demostrado que dicha situación conduce al anquilosamiento y regresión de la sociología y, a su vez, al ejercicio de una función ideológica. Como ya hemos dicho, se han producido grandes avances en esta ciencia; no obstante, es probable que dicho desarrollo fuese más intensivo y extensivo si la sociología no fuese alcanzada de forma tan plena por los límites que le impone toda y cualquier organización política, económica y social. Este hecho resulta ineludible para el funcionamiento de la ciencia sociológica, puesto que y a pesar de que su objeto incluye, de un lado, la dinamicidad de la sociedad y, de otro, la estática de la misma que corresponde a las instituciones y sus correspondientes elementos accesorios que controlan los diversos aspectos de lo social. Parece obvio que se deberían atender por igual una y

otra dimensión de lo social; sin embargo, resulta que (son las paradojas que ofrecen las otras realidades más consistentes y que determinan de alguna forma los quehaceres de la ciencia obstaculizando su propio proceso de desarrollo) generalmente se atiende más (son las preocupaciones interesadas del *statu quo*) a los elementos estáticos; en otros términos, son las razones ideológicas y no las científicas las que suelen primar en detrimento de los elementos dinámicos de la sociedad. De este modo se produce el típico y ya estructural desajuste entre ambos aspectos de lo social: estos desiguales tratamientos se traducen en una diferente oferta de conocimientos sobre los mismos. En este sentido podemos resaltar, a partir de la certidumbre que ofrece su propia evidencia, el dicho popular referido a que «la realidad social va por delante de la realidad institucionalizada».

En fin, una de las bases para lograr la superación —posible pero cada vez menos probable— de esta situación es aportada por esa necesaria relación complementaria que tiene que existir entre la analítica y la crítica, puesto que, de esta forma, la sociología se consolida como ciencia «dura» y cumple su función de transparencia: la reflexión y el análisis sociológico abarcará en todos sus ejercicios lo social en su fragmentaria plenitud.

Frente a ciertas opiniones vertidas sobre esta obra, somos de la opinión de que un texto de las características y especialidad de que trata *La perspectiva sociológica* necesita

recorrer, por decirlo de algún modo, el itinerario que aquí se recorre, es decir, los autores más relevantes de la teoría sociológica: se analizan y comentan discursos sociológicos que, en uno u otro sentido, están presentes en los razonamientos actuales —por méritos propios— que se están produciendo en la singularidad sociológica.

b) «El despliegue histórico-conceptual de la sociología» (p. 25) constituye el segundo apartado de nuestro esquema operativo, y la primera parte de este libro. Aquí he considerado conveniente acudir al autor, en todo momento, puesto que de este modo evito el exceso mediatizador y el futuro lector dispondrá de suficientes referencias informativas sobre los contenidos y conocimientos ofertados en este volumen.

La precitada obra comprende los siguientes capítulos: «La sociología, producto de la modernidad: dimensiones básicas y precursores» (p. 27); «Positivismo y evolucionismo» (p. 37); «Alexis de Tocqueville, un gran anticipador» (p. 54); «Karl Marx, compendio de la sociología decimonónica» (p. 69); «La fundación de la sociología actual» (p. 86); «Las dos grandes direcciones de la sociología contemporánea» (p. 162); «Persona y sociedad: notas sobre la dimensión psicosocial» (p. 204).

En este apartado, J. E. Rodríguez expone su modo de proceder y la estrategia seguida en el tratamiento de los temas. En este sentido propongo las siguientes consideraciones:

— «El pensamiento social de la Ilustración, que es el crisol del pensamiento social moderno, era plural... advirtiéndose claramente en él una determinada tensión» (p. 29).

— «Montesquieu y Rousseau... anticipa, a través de sus penetrantes análisis, dos formas alternativas de practicar la actividad científico-social que perduran hasta nuestros días. En efecto, no me parece arriesgado hacer arrancar de Montesquieu y Rousseau, más allá de la común coincidencia de ambos en torno a los ideales de la Ilustración, dos concepciones sociológicas que priman en la sociedad: bien el factor normativo-estructural, bien el intersubjetivo y comunitario» (p. 30).

— «La “dimensión Gemeinschaft” —“rousseauiana”— prima la vertiente “personalista”, volitiva, generativa o *in statu nascendi* de lo social. La “dimensión Gesellschaft” —“montesquiana”— prima la faceta organizacional, de estructuras y hechos consolidados, de la sociedad. Pues bien, una de las posibles lecturas del desarrollo de la teoría sociológica, la que yo efectúo, descubre un debate entre ambas visiones fundamentales, con intentos periódicos de lograr una síntesis entre ambas» (pp. 33-34).

c) La segunda parte del libro se refiere a las «cuestiones metodológicas y modelos teóricos recientes» (p. 217) e incluye los capítulos que a continuación presento: «De Popper a Kuhn: el giro de la metodología de la ciencia en el siglo XX y su recepción sociológica» (p. 219); «El ideal de autorre-

flexividad en la sociología» (p. 226), que abarca: «La alternativa de la etnometodología» (p. 227) y «El radicalismo antipositivista de la teoría crítica» (p. 230); «Codificación versus teorización» (p. 241), que se compone de: «Los lastres de la metodología sistémica» (p. 241), y «La teoría de sistemas de Luhmann y su polémica con Habermas» (p. 243); «El retorno de la historia» (p. 255), que agrupa: «La teoría “narrativa” de Hübner» (p. 256), «La teoría de la “estructuración” de Giddens» (p. 257) y «La recuperación sociológica de Ortega y Gasset» (p. 263); «El nuevo naturalismo» (p. 270), donde se incide: «Sobre sociobiología y modelos genéticos» (p. 271) y «“Ciencia cognitiva” y sociedad» (p. 281).

Para ser breve, aludo a los contenidos de que trata esta parte utilizando (de nuevo) las propias observaciones del autor cuando señala que: «dedicaré esta segunda parte a exponer críticamente algunas de las alternativas epistemológicas en que todavía se halla inmersa contemporáneamente la ciencia de la sociedad. Como introducción, me permitiré enmarcar el moderno debate sobre el método de la sociología en el debate más amplio desarrollado por la reciente filosofía de la ciencia» (p. 217).

Finalizo la presentación de *La perspectiva sociológica* con unas conclusiones relativas al conjunto formado por el autor y su obra, ya que considero que el tratamiento de esta relación resulta ineludible para comprender óptimamente los discursos sociológicos. En suma, siendo con-

secuente con la lectura de este singular ejemplar de sociología, del cual tan sólo he ofrecido una esquemática referencia, he de decir que se trata de una obra que destaca por las siguientes cualidades (son éstas las que generan adicción a la sociología) de que disponen el sociólogo y la sociología que construye:

1) Demuestra por qué en la teoría sociológica es imprescindible dar cuenta de los precursores, fundadores y contemporáneos si se desea rigurosamente comprender el alcance y significación que puedan tener o no las producciones que ofrecen los discursos actuales al respecto. Es indudable que, de una u otra manera, los autores anteriormente aludidos (de los que expone sus ideas clave y posibles desarrollos) siguen constituyendo el referente inexcusable para cualquier sociólogo que no pretenda asumir como propio lo que es ajeno. Por experiencia profesional sabemos que disertar sobre la sociología sin habernos previamente referido a la historia de la disciplina y su creciente complejidad es producir reducidos sociólogos que en su disminución sociológica producen y reproducen esta ciencia social en su dimensión de eterna compañera de lo establecido. De este modo, como ideología científica trata abstractamente ciertos aspectos de la realidad y se ocupa exclusivamente de formalizar de forma positiva los intereses dominantes. Sin embargo, J. E. R. Ibáñez de manera paradigmática relaciona el discurso con la realidad con tal idoneidad que lo abstracto se ofrece

en su real concreción, limitando así las posibilidades a todo tipo de oscurantismos. Tal proceder permite explicitar correctamente algo, al parecer, no suficientemente aclarado, sobre todo en la enseñanza de la sociología, como es: que explicar sociología sin aludir a los autores que comprenden las susodichas periodizaciones en relación al proceso de fundación, desarrollo y actualidad de la sociología es transmitir y enseñar en la unilateralidad, parcialidad y cualquier otra arbitrariedad producto de la subjetividad.

2) La erudición unida a la lucidez genera obras del tipo como la que estamos tratando, es decir, producciones que son no sólo recomendables para los alumnos, sino también para los docentes. Asimismo, constituye una rica fuente de sugerencias para todos los interesados en la sociología y preocupados seriamente por la desparalización y desarrollo de la ciencia sociológica. Se trata de una obra que impele a conocer sin mediatizaciones insistiendo en los discursos básicos y clásicos para que, de esta manera, cada uno pueda ir construyendo su propia metodología y epistemología. *La perspectiva sociológica* tiene, además, una de las condiciones que actualmente asiste a muy pocas producciones: estimula al estudio porque motiva, regenerando el entusiasmo por esa faceta tan olvidada que es la teoría sociológica.

Propone puntos de vista enriquecedores para el conocimiento sociológico porque J. Enrique aborda de un modo inusual la lectura de los discursos ofrecidos por los autores

más destacados de la teoría sociológica y en dicha inusualidad están sus aciertos, porque va más allá en sus planteamientos y propósitos. Por eso se ofrece aquí algo más que lo que suelen ofertar otros tipos de planteamientos. Es éste un libro que, en todo momento, induce a insistir en la necesidad de cuestionar ciertas afirmaciones o encasillamientos que se han realizado sobre los discursos tratados y que, en su ineptitud, no producen más que ciertos tópicos o lugares comunes que inexplicablemente siguen vigentes a pesar de la mencionada inoperancia y obstaculización. No obstante, José Enrique pertenece a esa alcurnia de autores que no se detiene ante los precitados tópicos ejerciendo la imaginación en beneficio de la sociología y, consecuentemente, de sus lectores.

Fruto del dominio de que dispone de la materia profundiza en los discursos y a partir de su conocimiento traduce y actualiza los análisis obteniendo resultados enriquecedores sobre los mismos. Por supuesto que las interpretaciones que formula no siguen los cánones de la ortodoxia y, así, mina las interpretaciones obsoletas que tanto abundan y que tanto han tergiversado los discursos de los llamados clásicos. En este sentido, es crítico con lo caduco y ya revisado por la realidad: camina hacia la certidumbre a través de intuiciones precisas y rigurosas que obligan a una necesaria relectura de los autores tratados y, al mismo tiempo, muestra los embriones de algunas teorías contemporáneas. Evoca a los viejos maes-

tros reconociendo sus aportaciones y, en algunos casos, su permanente actualidad y posibilidades que siguen engrandeciendo nuestros discursos y análisis.

3) En la obra se ofrecen unos esquemas fecundos y esclarecedores de la materia que se está analizando y, aunque resulte algo raro en las obras de esta índole, he de decir que las reducciones interpretativas o clasificadoras —que no pretenden más que facilitar los acercamientos— son abiertas y flexibles y de ahí su productividad en enseñanzas y posibilidades. J. E. Rodríguez se mantiene dentro de los límites posibles de la objetividad y elude en todo momento las concesiones a la retórica improductiva.

La utilización de las citas, por parte del autor, es precisa, permitiendo una correcta explicación de lo que se comenta, puesto que la correspondencia es exacta. Para lograr una mayor transparencia, los autores son tratados en sus justos términos (aciertos y errores) ponderando, sobre todo, los aciertos y relegando los errores a una condición que no resurgirá por su ineficacia demostrada, contribuyendo de este modo (práctica y teóricamente) al acervo de la teoría sociológica. Asimismo, expresa y comunica cuestiones y posibilidades nuevas sobre los autores analizados, cuestión importante ya que amplía el horizonte de la teoría y de los que nos dedicamos a ella. En el capítulo de las afinidades establece unas relaciones entre los autores que no sólo son originales sino que, y esto es lo importante, incrementan la perspectiva permiti-

tiendo observar detenidamente ciertas tendencias sociológicas que, a pesar de su distancia en el tiempo, son constantemente reactualizadas y readaptadas.

Los ejemplos utilizados cumplen adecuadamente su función porque establecen una precisa conexión entre la teoría y la realidad y, además, dicha relación resalta la pertinencia de los planteamientos que en este volumen se suscriben. Muestra el inagotable caudal teórico de los clásicos y resalta, ésta es la lectura que he realizado, el vacío en que nos han dejado años de polémicas infructuosas y que en ciertas ocasiones sólo respondían al afán de protagonismo de ciertos mandarines de la disciplina.

4) La reflexión acompañada por la rigurosidad científica y el espíritu crítico producen inexcusablemente libros de la categoría de que dispone *La perspectiva sociológica*, siendo, al mismo tiempo, un ejemplar pletórico en enseñanzas de todo tipo: pedagógicas, modos de hacer, modos de divulgar, modos de entusiasmar. En fin, cualidades todas ellas que incitan al desarrollo de la «curiosidad científica», la crítica y la transparencia.

Además de la solidez de sus argumentos, J. E. R. Ibáñez elabora su disertación no desde la censura, el cercenamiento o el silencio solapado, sino desde el conocimiento y la lucidez. Siendo un legítimo continuador de esa tradición sociológica, lamentablemente no tenida muy en cuenta, y que, sin embargo, es probablemente una de las más fructíferas en los últimos años. Establece

alusiones acertadas y da cuenta de las perspectivas, limitaciones y relaciones que puedan tener los distintos discursos que se ofrecen, y autores cuyas obras han sido tantas veces profanadas son escrupulosamente auscultados y reconocidos en su propia valía de tal manera que los trasnochados prejuicios o tópicos se desmoronan ante los argumentos presentados en uno u otro sentido. Por otra parte, debo reconocer que se consigue lo que desde un principio se propone: solicitar y conseguir la participación activa del lector, único modo para éste de conseguir el conocimiento. En el nivel de lo puramente pragmático, también tengo que asumir que este texto facilita las labores del docente porque es un medio sumamente eficaz para ir sustituyendo los periclitados apuntes — que en las aulas se traduce por o en falta de atención/participación de los alumnos— por las explicaciones lectivas que relacionan la teoría con la realidad presente y actual, que viven cotidianamente los receptores de las mismas: se posibilita activamente la adquisición del conocimiento sobre la sociedad en que se vive quizá del modo más asequible y, por el momento, más exitoso.

Desde siempre, este autor ha sobresalido por su independencia de criterio y la rigurosidad en el análisis de los temas: independencia y rigurosidad que personifica J. E. R. Ibáñez; por una parte, grandes dotes imaginativas y, por otra, profundo conocimiento del tema, acompañados por sus dotes pedagógicas, divulgadoras, explicativas y comprensivas.

5) *La perspectiva sociológica* es una obra coherente y constituye una fecunda disertación a partir de que en la misma se hermanan el saber y el buen hacer dando como resultado un discurso que destaca en su especialidad porque reúne, en mi opinión, además de los requisitos básicos, otras importantes características como pueden ser: la motivación que oferta, la flexibilización de los discursos y recuperación de los mismos, facilitación del aprendizaje y, algo que es fundamental, en *La perspectiva sociológica* se ofrece más que nada *conocimiento* y ésta es la razón del éxito logrado. En síntesis, este libro constituye un medio eficaz y a tener en cuenta por todos aquellos que deseen seriamente estudiar, analizar y aprender teoría

sociológica. Tan sólo me resta decir que, por razones obvias, he realizando un breve acercamiento a *La perspectiva sociológica* y lo lamento, pues considero que esta obra necesita de un tratamiento más pormenorizado —por lo que supone y representa en el campo de la sociología— para que de esta forma se puedan resaltar y mostrar los numerosos logros que en ella se encuentran y que, sin duda alguna, amplían el conocimiento sociológico. En fin, nada mejor que leer este trabajo para poder apreciar que lo dicho en esta reseña no alcanza a demostrar suficientemente la importancia que tiene para nuestra sociología este texto.

Manuel J. RODRÍGUEZ CAAMAÑO

JOSEP A. RODRÍGUEZ y JESÚS M. DE MIGUEL

Salud y poder

(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, 1990)

La Medicina se ha ocupado tradicionalmente de resolver los problemas sobre la salud y la enfermedad (tal vez más la segunda que la primera). En los Estados Unidos el interés se transforma en una necesidad de diversas profesiones, entre las que cabe destacar la Sociología de la Salud. El problema de la salud de la población se transforma en una preocupación de análisis desde la perspectiva de la formación de la enfermedad en las personas y de cómo se establecen relaciones entre

grupos interesados en un supuesto bienestar para la población. En España el análisis de la salud y la enfermedad tiene una corta tradición, y sin embargo empieza a tener ya frutos positivos. Este es el caso del libro *Salud y poder*.

Pocas personas se detienen a pensar que lo que entendemos por salud como un valor positivo pueda ser empleado como una forma de control social. De la misma manera que la *religión* y el *derecho* fueron concebidos durante largo tiempo

como actitudes nobles para potenciar el desarrollo de la sociedad. Vivimos en una época de desmistificación de valores considerados en el pasado como intocables. El análisis de la salud entendida como una lucha de poder constituye un avance para comprender las necesidades que tienen algunos grupos para legitimar una determinada ideología. Ante esta perspectiva el análisis científico tiene como objetivo averiguar cómo se dan las alianzas y choques entre las personas, descubrir lo que hay detrás del *Estado de Bienestar*.

El caso español es peculiar para poder ser entendido. Se parte de un cambio reciente a la democracia, con un partido de características neoliberales y socialista. Después de la dictadura el Estado español es el campo de batalla de grupos y asociaciones que se mantuvieron rezagados en la participación social debido a la centralización de poder. Con la apertura del sistema renacen estos grupos en busca de un espacio que les proporcione autonomía y seguridad. La Medicina es un ejemplo de esta búsqueda, inmersa en las mismas contradicciones que produce una situación de cambio acelerado. *El mito de la salud* es, dentro del análisis de la relación entre salud y poder, una base para definir el discurso sobre salud y enfermedad. «El sistema sanitario empieza a girar en torno a la educación sanitaria de la población, pero también del personal sanitario, e incluso de los/as políticos/as» (Rodríguez y De Miguel, 1990). La tarea de la Sociología de la salud es la de reconocer las contradicciones que se derivan de esas relaciones de poder.

El problema de la salud esconde los conflictos e intereses de profesionales, corporaciones, partidos políticos. Las personas también necesitan desarrollar una definición más amplia sobre salud y enfermedad, lo que deben esperar de una enfermedad y de las limitaciones que tiene la vida. Por desgracia, en España todavía se oculta la muerte como si la evasión resolviera las limitaciones de la vida. Los refranes como *de algo hay que morir y salud, dinero y amor* son parte de las metáforas que se utilizan para cubrir la compleja forma en que se vive. Diversos autores estudian desde sus posiciones ideológicas y políticas este problema. En *Salud y poder* son resumidos y analizados dentro del contexto de la sociedad española. En otra cultura, Susan Sontag desarrolla dos ensayos donde plantea la enfermedad como metáfora (Sontag, 1978 y 1989). Critica la idea preconcebida de la enfermedad como algo que es susceptible de ser curada.

Otros autores como Vicente Navarro (1976) e Ivan Illich (1976) llaman la atención sobre el control que se genera a través del poder de unos grupos para determinar lo que es salud y enfermedad. Critican el fortalecimiento de las desigualdades sociales y la desorganización aparente de los sistemas sanitarios mundiales. Freidson (1978) analiza el poder de los especialistas, quienes definen «lo que es la enfermedad, la terapia o terapéutica que debe aplicarse, y también la distribución de los recursos sanitarios» (Rodríguez y De Miguel, 1990). Para España se

crea una nueva opción de análisis que surge de las ideas originales de quienes tienen una visión internacional del problema de la salud y la enfermedad. *Salud y poder* es una muestra del análisis, síntesis y antítesis de esas perspectivas. Muestra una metodología congruente con la realidad española y plantea una alternativa, casi siempre olvidada por otros/as autores. Una de las propuestas más interesantes que se ofrecen en el primer capítulo es sobre la necesidad de que los médicos/as aprendan Ciencias Sociales y los sociólogos (varones y mujeres) aprendan Medicina.

Uno de los factores que impiden que la salud sea no sólo una necesidad de todos/as, sino una meta alcanzable, es la *desigualdad social*. España, al igual que otros países, tiene la dura tarea de enfrentar esa realidad. Por desgracia, los políticos sanitarios y los médicos han tardado en reaccionar a esa verdad. No se trata de un debate de ideologías, ni tampoco de quién comete los errores; es típico de las culturas latinas «echarle la culpa al de al lado». El objetivo para disminuir las carencias y, por tanto, de mayor incidencia de enfermedad es reduciendo las desigualdades sociales. Las clases sociales bajas enferman más, mueren antes y son susceptibles de mayor cantidad de accidentes durante su trabajo. La sociedad ha generado una mecánica de distribución de gratificaciones de acuerdo al nivel de vida que se tiene. Las consecuencias de la democracia en España son las de no admitir que, de una forma sutil, hay un sector de

la población desprotegido. El capítulo segundo tiene como tarea descubrir las variables que hacen más evidente la desigualdad social. Se consideran niveles de ingreso y estilos de vida para determinar algunos de los problemas que producen un aumento del consumo de tabaco, alcohol y otras drogas. Todos éstos afectan y desgastan la salud de la población.

Las limitaciones para analizar las desigualdades sociales empiezan con una información deficiente sobre el tema. Existen pocos trabajos que analicen detenidamente el contexto en que se generan discapacidades, no sólo para investigar los problemas de las clases bajas, sino también para entender los problemas del envejecimiento y la falta de servicios que atienden a ese sector de la población. Hay una carencia grave de especialistas encargados de enfrentar el envejecimiento, que aumenta en España en la misma medida en que se va integrando a las sociedades desarrolladas. La población infantil es otro de los problemas de desigualdad social. El capítulo segundo realiza una llamada de atención sobre los servicios sanitarios. A pesar de los avances alcanzados por el gobierno socialista español, *los pobres siguen muriendo antes*.

Dado que gran parte de la propuesta para resolver parte de los problemas de salud y enfermedad viene de las tomas de decisión política, el tercer capítulo, sobre *políticas sanitarias*, tiene como objetivo analizar la forma en que la sociedad española se organiza en la transi-

ción de la dictadura a la democracia. En primer lugar se encuentra la transformación de una constitución monárquica que pasa a ser parlamentaria. Esto transforma por completo la idea posterior sobre las decisiones que va a tomar el sector sanitario, ya que al mismo tiempo la sociedad se reorganiza. Grupos sociales que antes habían sido relegados por la dictadura empiezan a reivindicar posiciones dentro de la sociedad.

Las instituciones se modifican y atraviesan por una serie de crisis, generando nuevas opciones, en unos casos, y retrasando el proyecto de desarrollo social, en otros. Se reconstruye el sector sanitario español pensando en la heterogeneidad del territorio, con zonas más atrasadas en el norte y sur del país. Los partidos políticos más importantes son el PSOE y el Partido Popular (este último como una coalición de derechas). De la lucha política e ideológica surgen los nuevos proyectos para hacer frente a una población con un reducido número de camas —mal distribuidas— y un exceso de médicos/as sin empleo. Además, existe un creciente número de estudiantes que cada año compiten por entrar en las Facultades de Medicina.

La revisión sociohistórica de la salud en España demuestra que las políticas sanitarias han avanzado en el control de enfermedades. A pesar de las epidemias como la del *síndrome tóxico*, a principios de los ochenta, el sistema ha podido hacer frente a las problemáticas que genera la sociedad respecto a la salud y la en-

fermedad. Comparado con otros países de Europa, España tiene uno de los niveles más altos de salud, luego puede pensarse que las políticas del gobierno socialista tienen eficacia en la realidad de la población. Sin embargo, una de las preocupaciones que son presente y futuro de España son el envejecimiento de la población, bajo crecimiento de la natalidad, y las nuevas epidemias como el caso del sida. Esta última está demostrando que el sector sanitario español es todavía lento para crear políticas de atención a la población. El análisis que se realiza en el capítulo sobre *políticas sanitarias* es exhaustivo, con ideas claras sobre lo que se puede esperar de la transición de las políticas del actual gobierno socialista. Es también una llamada de atención a la población para que asuma una actitud responsable respecto a sus propias necesidades. Que el gobierno no ha podido crear un lugar en el que la sociedad pueda organizarse para exigir mejoras en la asistencia primaria y hospitalaria. Para aquellas personas interesadas en el buen uso de la estadística, ese capítulo resume las diversas variables que se tienen que tener en cuenta para realizar un análisis del sector sanitario español. Si acaso, habría que pedirle a los autores que evitasen el uso exagerado de siglas, ya que dificultan la lectura.

Al término de la dictadura, los grupos profesionales empezaron a ejercer presión sobre los gobiernos democráticos (*poder profesional*). Uno de los más importantes fue la profesión médica, que durante la dicta-

dura estuvo controlada por su capacidad de alianza con las clases altas. La actitud del gobierno franquista fue la de mantener un poder centralizado y, para sorpresa de los/as demás, con un sector sanitario socializado. Con el gobierno socialista, las profesiones sanitarias empiezan a reivindicar su papel en el control de la salud del país. Los choques más importantes se dan durante el segundo gobierno socialista, cuando se pone en marcha la Ley General de Sanidad. Una forma de frenar los choques fue la de destinar parte de las responsabilidades a las administraciones autonómicas.

Otro de los problemas es el aumento de la población de estudiantes en las Facultades de Medicina, y un núcleo importante de médicos/as sin empleo. Algunos/as de esos profesionales cambian a trabajos administrativos. Lo que no queda claro es cómo se reorganiza la formación de profesionales sanitarios. Con el paso del tiempo se demostró la incapacidad para que los médicos/as se hiciesen cargo de la salud del país. En parte, se debió a las alianzas creadas por el gobierno con otros grupos profesionales y, también, a las contradicciones de la profesión médica, con fuertes tendencias conservadoras que no se adaptaron en su momento a la transición de la población. Los médicos/as retrocedieron en su campo de acción a su lugar de trabajo tradicional: al hospital y a la atención primaria de la salud. Sin embargo, las huelgas de los profesionales sanitarios obligaron al segundo gobierno socialista a reorganizar la distribución de

recursos para hacer frente a las necesidades de los grupos organizados.

Entender el poder que generan las profesiones permite analizar la presión que se crea dentro de una sociedad para satisfacer las necesidades de la población. La síntesis presentada por los autores representa un inicio importante en ese análisis. El objetivo de las profesiones es el de avanzar de acuerdo a los requerimientos de las personas. Curiosamente, la mayoría de las profesiones tienden a crear un poder, y asociaciones, que frenan su capacidad de modernización. De ahí que la misma población ejerza una presión para que las profesiones respondan a las necesidades concretas a partir de sus campos de conocimiento. Con vistas al año 2000, las profesiones parecen ser una de las alternativas formales al desarrollo de las naciones.

Por último, el libro de *Salud y poder* llama la atención sobre el problema del aborto provocado y embarazos no deseados. En el capítulo de *Minorías y salud* se exponen los problemas que tienen que enfrentar las mujeres cuando tienen un embarazo no deseado. Se ponen en juego los valores más esenciales de las personas, las relaciones de pareja y el conflicto que genera someterse a un aborto o convertirse en madre soltera. Por lo general, se piensa que el problema debe ser tratado por profesionales sanitarios, ya que es un asunto de salud pública. En realidad, constituye un asunto individual y social. La Sociología se ha ocupado poco de este tema, por lo

que el libro resulta innovador. Sobre todo, cabe destacar las diversas situaciones que pueden conllevar a un embarazo no deseado. En parte hay irresponsabilidad, pero también misticismo, hipocresía y amor. Las mujeres se ven sometidas a una gran presión, por lo que atravesar por este problema es a la vez un paso de madurez en el desarrollo de las mujeres.

Salud y poder es un libro que se puede calificar como redondo, completo, por abarcar las problemáticas de la salud que se viven en la sociedad contemporánea española. Es un análisis científico riguroso de lo que

puede generar desequilibrios para la sociedad. Critica las posiciones conservadoras de los partidos políticos, gobierno y clases sociales. Plantea la necesidad de formar una sociedad con una menor desigualdad social. Combina metodologías diversas para interpretar la realidad y contiene datos que pueden ser utilizados por científicos/as sociales u otras profesiones, con un lenguaje accesible. El trabajo presentado en este libro es el resultado de los años que los dos autores han dedicado a la *Sociología de la Salud* en España.

Omar G. PONCE DE LEÓN

La humanidad cuarteada

ENRIQUE GIL CALVO

La mujer cuarteada. Utero, Deseo y Safo

(Barcelona, Anagrama, 1991)

«Ojalá que cuando termine este curso seamos un poco más ignorantes y un poco menos necias y necios.» Los ojos de asombro y perplejidad de las alumnas y alumnos van relajándose al tiempo que reflexiono a su lado sobre cómo la sabiduría se impacta de todo lo que sabe que ignora y cómo la necedad se jacta de todo lo que cree saber. Tiempos modernos éstos en los que, flotando en la sobreabundancia de información, seguimos transmitiendo de forma mecánica las ideas recibidas sin la reflexión ni el diálogo, sin la distancia y el compromiso otrora tan ilustrada y románticamente

ambicionados, entonces cuando el saber prometía fidelidad a la experiencia contrastada.

Las relaciones sociales entre hombres y mujeres a lo largo de la historia de nuestras sociedades ha sido una de las cuestiones que ha permanecido durante más tiempo en la necedad, resistiéndose a ser abordadas con el rigor de la experiencia contrastada. Y las razones sociológicas de tales resistencias vienen constituyendo un importante reto para el desarrollo actual de las ciencias sociales. De hecho, las investigaciones sobre la génesis de dichas relaciones nos revelan desde diver-

sos ángulos el cuarteamiento fundador de nuestra condición humana y del conocimiento *de/desde* dicha condición, que en la civilización occidental se expresa radicalmente a través de nuestra cuarteada *concepción* de las relaciones naturaleza-cultura, afectando, por tanto, a ambos géneros la imagen tan acertada que el título de esta obra atribuye a la mujer *genérica*.

La lectura de *La mujer cuarteada* nos conduce por distintos caminos a explorar la génesis de aquello que permanece (la asimetría) y aquello que cambia (las causas, efectos y funciones de tal asimetría) en las relaciones sociales de género a través de un encomiable ejercicio de imaginación sociológica, que no ahorra esfuerzos en el empeño de desvelar la lógica social oculta que media las relaciones entre hombres y mujeres. Se podrá o no estar de acuerdo con los planteamientos y las conclusiones que el autor va desgranando a lo largo de la obra, pero la creativa tensión intelectual que es capaz de mantener sobre referentes teóricos y empíricos abiertamente detallados garantiza un cualificado antidoto contra las apresuradas valoraciones y la visceralidad de adhesiones o rechazos que, a menudo, no aciertan a expresar *nuestras-as-razones* cotidianas que, por compartidas, requieren ser comprendidas, sean o no socialmente generalizables. Además, el sociólogo Enrique Gil Calvo, al conjugar valientemente diversos enfoques teóricos (funcionalismo, marxismo, etología, semiótica estructural...), algunos de los cuales se mantienen *herméticamente*

distanciados por escrúpulos o intereses científicos y no tanto por una radical incompatibilidad epistemológica, contribuye a superar barreras intelectuales y, por tanto, a revitalizar la investigación sociológica.

Esta obra está estructurada en dos partes diferentes en su enfoque analítico y complementarias en su contenido (¿cómo las mujeres y los hombres que analiza el autor?), pero aun siguiendo la primera una vía analítica más empírica y la segunda más especulativa, en ambas, las conclusiones a las que llega el sociólogo E. Gil le sirven de fundamento de algunas propuestas para el compromiso público actual, emprendiendo una tarea intelectual tal cual la vocación científica y la vocación política de Weber, amparándose en su común ciudadanía, se pusieran a trabajar *distanciadamente juntas*. Así, mientras las conclusiones de la primera parte se orientan a fundamentar una política de cambio social (reivindicativa, legislativa...) que actúe sobre las causas económicas de la vigente asimetría entre los géneros, en línea con el materialismo histórico de Marx, en la segunda parte se trata de apuntar la oportunidad de algunos criterios morales fundamentados en la razón macrosociológica, al igual que desde otros lares pretendía la original sociología durkheimiana, que en este caso, permítaseme el atrevimiento, se traduciría en una especie de solidaridad orgánica derivada de la división del trabajo sexual: *los* que miran y *las* que se exhiben *impersonal* y *cercanamente* en la esfera pública para reconocer-

se *personal y certeramente* en la esfera privada. Las razones micro o macrosociológicas de *los* que, además o no, se exhiben ante otros o/y otras y *las* que, además o no, miran a otros o/y otras deberán esperar otras investigaciones: mostrar que un discurso es prevalente no es mostrar que es plenamente efectivo.

En la primera parte, el autor analiza la transformación de la asimetría entre los géneros antes y después de la revolución industrial a través de la relación entre la *hipergamia* y la *moda*, entendidas, respectivamente, como la preferencia por el emparejamiento con varones superiores en algo y la exhibición de pavoneo al servicio, entre otros, de los rituales de cortejo. Para ello analiza las funciones culturalmente adaptativas que ambos fenómenos realizan a través de las relaciones de género consideradas nucleares por su capacidad generadora del tejido social, económico y político. Así, las formas *pre-modernas* de hipergamia exigen escasez de mujeres (infanticidio, poliginia, sacralización de la virginidad-celibato...) y competencia entre varones mediante la exhibición de conductas que van desde el machismo belicista de los yanomano, la *paideia* efébrica de los atenienses ilustrados o la moda varonil galante y cortesana de las sociedades estamentales (cuyo equivalente etológico sería el pavoneo arrogante y colorista de las aves y mamíferos en el cortejo y las paradas nupciales). Las formas *modernas* de hipergamia muestran una inversión de estas pautas de asimetría exhibicionista, siendo las mujeres las que, tomando el relevo

de los varones, se especializan en habilidades seductoras y expresivas a fin de realizarlas en el mercado matrimonial mediante la rivalidad estética y la competencia amorosa. Este gran cambio es el resultado de un largo proceso histórico del que E. Gil destaca la desaparición del *modelo europeo de matrimonio* (que permite analizar la inversión exhibicionista en términos de ajuste entre el tamaño relativo de uno y otro contingentes parcialmente intercambiables en el mercado matrimonial) y las nuevas oportunidades urbanas derivadas de la revolución industrial que hacen que los varones se especialicen en habilidades instrumentales pasando a competir en el sistema meritocrático —educativo, formal, profesional—, lo que se refleja en el hecho de que desde 1775 a 1830 la moda *se desviriliza*. De este modo, se pasa de una serie de cohortes de *príncipes azules* que se ofrecen en demanda de novias casaderas, relativamente escasas en la etapa preindustrial, a otra etapa ya industrial en la que son las mujeres, que en términos relativos sobreabundan, quienes se ofrecen en demanda de *buenos partidos*.

¿Qué ocurre en nuestras sociedades capitalistas, democráticas e industrialmente avanzadas? Para el autor, perviven formas tradicionales y modernas de asimetría entre los géneros readaptadas funcionalmente. Así, siguiendo con su línea de análisis, el actual matrimonio por amor es todavía una prueba de hipergamia, ya que, como demuestra el superviviente mito del príncipe azul, las mujeres siguen esperan-

do que el amor coincide con el éxito social. Sin embargo, en este tipo de sociedades, y desde la segunda mitad del siglo xx, se ha producido un enorme cambio en la situación de discriminación social de las mujeres, como así demuestran tanto la significativa reducción de su *dependencia familiar* (descenso de tasas de natalidad, nupcialidad y del tiempo de trabajo doméstico) como el importante aumento de su *independencia personal* (tasas de escolaridad, actividad económica...). En este sentido, E. Gil destaca que en 1988 la tasa de actividad económica de las mujeres españolas de 25 a 29 años alcanza el 62 por 100, dato especialmente significativo si se considera que en estas edades se concentra la mayor parte de las tareas reproductoras. Los nuevos ingresos de trabajadoras de esa franja de edad superan en términos netos a las retiradas por crianza o matrimonio, produciéndose un acercamiento a la pauta ocupacional masculina, que nunca se ha visto afectada por necesidades reproductoras. En esta última mitad de siglo se ha pasado, pues, de una asimetría entre los géneros que orientaba a los varones a la carrera ocupacional y a las mujeres a la carrera familiar a la actual articulación de la trayectoria vital de las mujeres sobre ambas, dando lugar a una nueva forma de asimetría entre los géneros: los varones tienen más oportunidades de fracasar y de triunfar en lo público y un sector creciente de mujeres tienen más oportunidades de esquivar su fracaso (amparándose alternativamente en una u otra carrera en caso de riesgo o

impotencia), pero también de no triunfar en ninguna y escindirse en dos mitades.

Superadas las causas históricas de la asimetría entre los géneros (especialización reproductora de las mujeres, superioridad muscular de los varones) en sociedades donde el poder depende más del control sobre la información y que se reproducen con menos de dos hijos por mujer, persisten las causas económicas, *segregación ocupacional* femenina y *discriminación salarial* entre hombres y mujeres, que producen la casi total feminización del trabajo doméstico, el mantenimiento de la hipergamia femenina como posible estrategia de integración social en contradicción con la actual estrategia ocupacional (posible para las mujeres de estratos socioeconómicos medios y altos de sectores técnicos y profesionales). Así, la actual asimetría entre los géneros en el hogar resulta ser un efecto inducido de la necesidad de adaptarse a las condiciones del mercado de trabajo; la *desigualdad de géneros*, pues, no es independiente de la *desigualdad de clase*: «... para los hogares de clase trabajadora más desfavorecida es más racional el seguimiento de estrategias de complementariedad y cooperación porque tales hogares para obtener recursos de subsistencia deben adaptarse a un mercado de trabajo donde mayor resulta la segregación ocupacional y la discriminación salarial entre hombres y mujeres... puesto que a través del marido ella accede a mayores ingresos per cápita que los obtenibles por sí sola... raíz de toda hipergamia». De ahí que

E. Gil insiste en la prioridad de concentrar las energías reivindicativas en la eliminación progresiva de las causas económicas de la actual asimetría entre los géneros y no tanto en el hogar, puesto que se requiere cierto nivel de *reciprocidad* con los varones para plantear abiertamente el conflicto.

En la segunda parte de este ensayo sociológico, el autor desarrolla una atrevida línea de análisis sobre la posible funcionalidad del vigente antagonismo sexual asimétrico como dispositivo estratégico que provoca una tensión ética hacia la acción. Y ello mediante la disyunción culturalmente establecida entre el deseo masculino, que representa la dimensión instrumental de la sexualidad orientada a la explotación depredadora, y la seducción femenina, que representa la dimensión expresiva orientada a la cooperación solidaria. Así, E. Gil relaciona la mayor capacidad lingüístico-verbal de las mujeres (obtienen media superior a los varones en los test de inteligencia) con su precoz desarrollo bio-psico-social (que conlleva una menor polarización cerebral y dominancia hemisférica), lo que las predispone a ser consumidoras de fetiches orales-morales (palabras, promesas). Además, destaca su específica capacidad biológica de receptividad sexual a lo largo de todo el ciclo ovulatorio y la de tener orgasmos sin principio ni fin marcados gracias a la novedad filogenética que supone el clítoris como órgano de placer no vinculado a la reproducción. Todo ello faculta a las mujeres para una sexualidad basada en la

cooperación solidaria y moldeada por los roles socialmente atribuidos en asimétrica oposición a la sexualidad de los varones, basada en la explotación depredadora: su tardío desarrollo bio-psico-social en relación a las mujeres les procura mayores capacidades espacio-visuales (mayor lateralización cerebral y dominancia hemisférica), lo que les predispone especialmente a ser consumidores de fetiches visuales (descuartizamiento visual del cuerpo de las mujeres en órganos o partes y en objetos o fetiches: medias, pechos, faldas, vulva, piernas, tacones...), a la vez que su órgano genital vinculado a la reproducción les potencia una sexualidad productivista (orgasmos con comienzo y fin marcados: erección y eyaculación) basada en el cálculo racional del placer.

Al pasar por alto la distinción categorial sexo/género, que tan fecunda ha resultado para analizar la relatividad cultural de los roles atribuidos a hombres y mujeres (y las actitudes, expectativas, actividades y habilidades desplegadas realmente en el desempeño de los mismos), no afronta directamente los retos que dicha distinción plantea al discurso patriarcal ni se beneficia de los caminos abiertos por ella, sorteando, a su vez, los riesgos y los inconvenientes que suponen los esquemas categoriales que inciden en la dualidad naturaleza (sexo)/cultura (género). Los hombres, por un lado, y las mujeres, por otro, aparecen en esta obra como unidades bio-psico-sociales que evolucionan en sus identidades relacionadas al compás de su adaptación social al medio am-

biente circundante, lo que no es poco mérito, pues supone incorporar la perspectiva filogenética y etológica para explicar la construcción social de la sexualidad humana integrando la biología como un agente y receptor de la adaptación al medio ambiente cambiante. Pero las mujeres y los hombres de esta obra resultan demasiado femeninas, por un lado, y demasiado masculinos, por otro: excesivamente genéricos y generados por una percepción dualizada de la realidad y un esquema explicativo dicotomizado.

De ahí que esta segunda parte, repleta de sugerencias especulativas interesantísimas, resultaría muy fecunda si fuese planteada o considerada como una serie de construcciones tipológico-ideales en sentido weberiano, reconociendo así su funcionalidad para conocer y comprender la realidad social a la que se refieren y la posibilidad de ser cualitativa y/o cuantitativamente *más o menos* adecuadas para explicar parcialmente su inconmensurable complejidad. De lo contrario, la contundente imaginación sociológica del autor resultaría excesivamente encauzada por el viejo carril de la dualidad, a menudo indiferente o ciego hacia el reconocimiento de la existencia de una variedad de inter-subjetividades que no casan con la razón macrosociológica que tan empíricamente desvela en la primera parte y tan especulativamente recrea en esta segunda: existencias disidentes de los grandes condicionantes socioestructurales de la razón social masculina escindida de la razón so-

cial femenina. De esta forma, el lector/a, experto o lego en sociología, no tendría que interpretar todas sus intuiciones, vivencias, sensaciones y observaciones, sistemáticas o no pero razonables, a través del carril de la dualidad sistemáticamente aplicada a las relaciones entre hombres y mujeres.

Evidentemente, E. Gil se sitúa en la perspectiva macrosociológica y la asimetría entre los géneros, entendida como las relaciones de desigualdad entre el hombre genérico y la mujer genérica, es un hecho social en el sentido durkheimiano y, como tal, coercitivo y generalizable que se impone a las voluntades individuales que no pueden cambiarlo caprichosamente de forma global, de la misma forma que se le reconoce como hecho social porque su imposición no es total a todos los individuos sociales que, siendo impotentes para cambiar la generalidad de su coerción, no lo son para demostrar la relatividad de dicha generalidad en cuanto a la posibilidad social más funcionalmente adaptativa pero no la única socialmente existente. Desde esta perspectiva, E. Gil contribuye a hacer atractiva y útil la sociología a quienes tienen empeño en entender la lógica social oculta que atraviesa sus vidas cotidianas, aprendiendo a ensartar (pero no a agotar) la percepción, comprensión y valoración de las relaciones humanas en el sereno análisis de sus condicionantes estructurales (léase el también espléndido artículo del autor «El acosador y la provocadora», *El País*, 7-XI-91, p. 13, interpretando el caso de acusación de acoso

sexual al juez Thomas por parte de Anita Hill).

La perspectiva weberiana es, sin embargo, retomada por el autor cuando se refiere a la compulsiva búsqueda de la impersonal atracción que está en la base del fetichismo masculino y femenino (lo *porno* y lo *rosa*, respectivamente, alimentados por fuertes industrias) acorde con el imparable crecimiento de los procesos de abstracción y racionalización anónima y despersonalizada que avanzan, en detrimento de los plenamente humanos procesos de atribución de sentido y significado. Precisamente por ello, resulta más urgente constatar las disidencias intersubjetivas que expresan contradicción con respecto a la escisión arquetípica entre el deseo físico masculino instrumental y la seducción moral femenina expresiva, aunque eso sea lo socialmente imperante. ¿No hay mujeres y hombres que desean moralmente ser seducidas/os físicamente? ¿No hay acaso hombres y mujeres que desean físicamente para ser o no ser moralmente seducidos/as? Para el autor, la dimensión expresiva del comportamiento humano siempre proporciona una ganancia absoluta por su carencia de cálculo anticipado, por no venir acompañado de expectativas que se puedan frustrar; se refiere, pues, al tiempo de fiesta, procura satisfacción moral o expresiva y abarca actividades como dormir, soñar, reír, llorar, bailar, jugar, convertirse religiosamente, comprometerse políticamente, seducir, enamorarse... Por el contrario, la dimensión instrumental del comportamiento humano se refiere al

tiempo de trabajo, se produce de acuerdo con un previo cálculo estratégico de futuro y procura satisfacción material o instrumental, y abarca actividades como aprender, estudiar o trabajar, ahorrar, producir, administrar, disciplinarse... Sin embargo, podríamos objetar, depende del tipo de trabajo o de fiesta: las fiestas navideñas, cuyo objetivo es fundamentalmente expresivo, procuran grandes estipendios económicos; asimismo, hay trabajos que procuran inquietud y satisfacción moral al tiempo que poca material (esta reseña, por ejemplo, no exenta, sin embargo, de objetivos instrumentales), de la misma forma que se puede llorar o comprometerse política o amorosamente por intereses materiales e instrumentales y no por ello deja de ser una conducta expresiva (¿acaso la estrategia hipergámica no demuestra la coexistencia de lo instrumental-expresivo en la especie humana?). Hombres y mujeres se pueden masturbar para dormir mejor o echarse a dormir para trabajar al día siguiente. Dependerá del sentido que se le atribuya en cada caso para saber realmente si conductas sociales particulares responden fundamentalmente a una u otra dimensión o son expresión de ambas dimensiones al mismo tiempo, por mucho que no estemos equipados culturalmente para reconocerlo. Creo que lo mismo ocurre con la identidad femenina o la identidad masculina, la sexualidad femenina o la sexualidad masculina, en cuanto tipologías ideales que deben ser contrastadas con la realidad permanentemente. Aún iría más lejos: consi-

derar como hipótesis de trabajo que cualquier conducta social lleva imbricada ambas dimensiones presupone una actitud más científica que el partir de dos polaridades, por mucho que nuestro pensamiento científico esté dicotomizado desde sus propias bases epistemológicas. En esta línea se halla el autor cuando se refiere a las paradojas de la seducción, que para que surta efecto debe ser, o al menos parecer, espontánea, no intencionada, una consecuencia no querida. Ambivalencia que no sólo afecta a la complejidad de la seducción erótica, sino a la generalidad de la comunicación y de las relaciones humanas, a los hechos sociales entendidos como resultantes queridos y/o no, intencionados y/o no, conscientes y/o no de la acción social. Si no podemos expresar mediante nuestro lenguaje lógico todo aquello que se puede hacer o sentir aunque no se pueda decir (como la expresión «nos amo» que E. Gil cita de A. García Calvo), si nuestra *razón sociológica* nos impide recoger lo que nos habita al tiempo que habitamos vitalmente, habrá que desenterrar muestras *co-razones sociopoéticas*.

De las tres líneas de relación posibles entre *ambas* sexualidades que E. Gil cita al final de la obra (¿por qué no tres líneas de relación entre las *posibles* sexualidades?), comparto la exclusión de la primera, el *racismo sexual*, por excluyente de la emancipación de hombres y mujeres (una mujer *es un no hombre*, o viceversa). No descartaría, sin embargo, la segunda, que concibe el erotismo como la ambivalencia de

las dos dimensiones de la sexualidad, la expresiva y la instrumental, que pueden expresarse simultáneamente en hombres y mujeres (lo que no significaría confundir las dos dimensiones, sino reconocer su coexistencia tanto en hombres como en mujeres en un grado de combinación distinta para cada ser humano). De esta forma sería compatible con la tercera modalidad de relación, por la que E. Gil apuesta, pero replanteándola como relación entre las *posibles* sexualidades. Así, esta última modalidad incluye: 1) el reconocimiento de la *androginia* como integración tardía de las dos dimensiones de la sexualidad en una persona (¿por qué no apostar por su *temprano* reconocimiento indagando su posible funcionalidad para la emancipación de hombres y mujeres?); 2) el *pacto sexual* en términos de intercambio de la libertad de mirar por la de exhibirse (¿por qué constreñir la libertad a la de *unos* y a la de *otras*, respectivamente, y no referirse a sujetos que deseen ser seducidos y sujetos que deseen seducir?), y 3) por último, la *creación emergente de un nuevo espacio público a través de la sexualidad*, lo que significa hacer recaer en el anterior pacto sexual la encrucijada que distingue el ámbito público del privado. Depositar el reconocimiento del espacio público en los símbolos de seducción que representan las mujeres (en exclusividad) y en el correlativo compromiso de respeto y control del deseo por parte de los varones, supone institucionalizar aún más el profundo temor a lo femenino arquetípico que nos pertenece a

hombres y mujeres, alienta la tendencia a exorcizarlo a través de la *representación* de las hembras e impide reconocer *estrategias más perso-*

nales de seducción y deseo de hombres y mujeres.

Isabel ALER GAY

RICARDO MORAGAS MORAGAS

Gerontología social

(Barcelona, Herder, 1991)

Cuando se escriba la historia de la gerontología social en nuestro país, sin duda, Ricardo Moragas será uno de sus pioneros. Desde que se inició en esta ciencia con Rogelio Ducastella, autor de la primera encuesta general sobre la «Tercera Edad» en Cataluña (1975), el profesor Moragas ha asistido a numerosos congresos internacionales, ha conocido de cerca estudios originales sobre el tema (como los de la Universidad de Berkeley, donde estuvo como profesor visitante), ha introducido la gerontología como asignatura en el tercer ciclo de la Universidad y, desde 1989, dirige un Master de Gerontología que aglutina a personal sanitario, trabajadores sociales, directores de residencias geriátricas, psicólogos y otros profesionales que trabajan en los diferentes servicios a la vejez que han ido proliferando, sobre todo en estos últimos años. No exagera Juan J. Linz cuando lo califica, en la introducción a esta obra, de «sociólogo *engagé*».

Precedida por dos libros anteriores (*Introducción a la gerontología social*, 1981, y *La jubilación*, 1988), amén de numerosos artículos y tra-

bajos, hemos de considerar esta publicación como el mismo autor nos la propone: un «estudio... accesible a una variedad de profesionales y públicos cada vez más interesados en el envejecimiento». Es decir, un manual con un objetivo claramente pedagógico en el que se describen y articulan los principales descubrimientos actuales sobre el proceso de envejecer en las sociedades tardocapitalistas. Confiesa el autor, en un capítulo introductorio, que el material inicial se ha reducido a la mitad. De modo que el manual se ha convertido en un breviario sintético y enjundioso sobre el estado de la cuestión, visto desde las principales ciencias implicadas.

Un buen manual o breviario dista mucho de ser una pequeña enciclopedia. El secreto está en el difícil logro de la interdisciplinariedad —algo que los académicos pregonan a la saciedad, aunque casi siempre queda relegado a la síntesis personal de los alumnos—. Esto se consigue enfocando los mismos problemas (básicamente, el envejecimiento normal y el patológico) *in crescendo*, desde su aspecto biológico al social, pasando por la medicina y la

psicología. Se completa así el cuadro del envejecimiento saludable como bienestar no sólo físico, sino psicosocial. Luego se abordan los problemas legales y políticos de la ancianidad (sobre todo de la jubilación, las pensiones y la política social y asistencial). De esta forma se logra un producto ajustado, claro y sin lagunas, sin prolongar excesivamente ninguna disciplina o cuestión debatida. De modo que el lector puede hacer un recorrido por los conocimientos teóricos básicos, centrándose, como dijimos, en la sociología como punto de arranque de los problemas de la vejez y el envejecimiento en las sociedades avanzadas.

Por supuesto que no sólo la formación del autor, sino la trayectoria de la gerontología (más afín en sus inicios con la biología y la psicología, aunque siempre preocupada por el problema social del acelerado envejecimiento en las sociedades modernas), contribuyen a que los capítulos propiamente sociológicos (rol y *status* de la ancianidad, mitos y prejuicios en la construcción social o definición colectiva de la vejez, ocio y trabajo, familia y jubilación) sean los centrales, si bien también de forma sintética y pedagógica. Todo ello precedido de una buena representación de las principales teorías biológicas sobre el envejecimiento fisiológico y un capítulo bien logrado que registra los principales temas de una psicología evolutiva de la vejez, todavía tímida en este terreno (la psicología conoce mucho mejor la infancia y la adolescencia y lo normal a través de lo anormal). El hecho de abordar, desde la psi-

cológia, las principales teorías sobre el envejecimiento y la pérdida de algunas funciones, con la posibilidad de compensarlas con otras, despeja no pocos prejuicios colectivos en este terreno y contribuye a difundir el estado actual de esta ciencia con breves epígrafes sobre la memoria, la psicomotricidad, la capacidad de aprendizaje, racionamiento y percepción, así como la dinámica específica de la personalidad y autoestima, en la llamada Tercera Edad.

En realidad, la vejez es una etapa más de la vida, con sus posibilidades y limitaciones, aunque para ello el autor deba distinguir, capítulo tras capítulo, la vejez normal y la patológica, preocupándose sobre todo de la primera y tratando de prevenir la segunda. Algo excusable según más de un punto de vista, porque se trata de combatir el extendido prejuicio social (y ancestral) que asimila el envejecimiento con la decadencia, la enfermedad, la negatividad y la muerte, en una sociedad darwinista que encumbra la fuerza, el trabajo, el poder y, por encima de todo, la «eterna» juventud supersticiosamente prolongada.

Nuestras poblaciones envejecen a ritmo acelerado y cada vez se comprime más el porcentaje de los jóvenes y laboralmente activos. Para quienes, desde singulares instituciones, ópticas y especializaciones, se dedican profesionalmente al bienestar de las personas jubiladas, el texto resulta imprescindible a fin de evitar el peligroso sesgo «intradisciplinar» o «intrainstitucional» que suponen las mejores teorías, prácticas o experiencias en este campo.

Pero el libro tiene un alcance más vasto aún, porque, en definitiva, todos tenemos que habérnoslas con los ancianos, no sólo en la familia, extendida aunque neolocal (es decir, que ya no convive en un mismo techo), que hoy abarca ya a menudo cuatro generaciones, sino en la sociedad, donde los ancianos, más que una categoría estadística ya de por sí impresionante, son un colectivo específico y excesivamente delimitado e incluso apartado, debido a este doble vínculo o proceso por el que, primero, se los estigmatiza y, luego, son tratados como población marginada.

Debido a todo ello, el anciano vive en un vacío societal («un rol sin rol», dice Moragas en la jerga sociológica o teoría de los juegos) y, aun diferenciando clases y niveles sociales, marginalidad y senectud son dos términos que no dejan de converger, por más que, históricamente y considerando el colectivo anciano aisladamente, su situación económica y bienestar físico no han dejado de mejorar.

La jubilación es el verdadero origen del término «tercera edad». Pero para jubilar forzosamente a las personas hay que definir las como ancianas cronológicamente, es decir, señalar la edad mítica de los 65 años como fecha de una jubilación legal o incluso rebajar este tope con la prejubilación cuando aumenta la presión por los puestos de trabajo. Sucede entonces que el paso abrupto del trabajo al ocio en plena capacidad física y mental, a pesar de cierta euforia inicial (Moragas la llama etapa de «luna de miel»), es un salto al

vacío, sin ritos de transición ni socialización adecuada. Por esto mismo, el «júbilo» inicial desemboca pronto en desazón: cambio de rol sin pautas determinadas en la misma familia, pero, sobre todo, en el entorno social más amplio. Por supuesto que la jubilación es una conquista social de largo alcance histórico, pero su modalidad actual, abrupta, forzosa y desestructurada, constituye un salto desproporcionado y la naturaleza teme el vacío, como decían los clásicos. Nadie envejece de golpe, y la vejez normal consiste en adaptarse lentamente a una etapa de la vida como las otras, con algunas disminuciones pero con su propia funcionalidad psíquica y social que requieren institucionalizarse. Que un tribunal americano haya declarado anticonstitucional la jubilación forzosa no debería extrañar a ninguna sociedad democrática. No sólo debe prepararse la jubilación, dice Moragas, sino que ésta debe ser gradual y voluntaria. «A la carta», en definitiva, porque cada uno envejece según como ha vivido.

Como dijimos, el paso a la Tercera Edad no tiene ritos ni procesos de ajuste social. Es, por tanto, un hecho asocial o desestructurado. Ello repercute hondamente en los grupos primarios (la familia y las relaciones intergeneracionales, a las que se dedica un importante capítulo). Pero el punto desencadenante, el cese en el trabajo, es asunto de política económica. ¿Cómo lograr que las leyes se encaminen a un proceso de jubilación voluntario y gradual? En el texto se nos ofrecen experiencias de otros países y se abren alter-

nativas a la jubilación o prejubilación total y forzosa, tal como se da todavía hoy mayoritariamente. Jubilarse debe ser un proceso que dependa de las posibilidades externas y opciones personales. Las primeras deben enriquecerse y hacerse más plurales, democratizando, aunque sólo fuera en este aspecto, la economía. En el fondo, se está tratando de una sociología política de la vejez, este colectivo que tanto pesa electoralmente y que tiende a cierto conservadurismo, pero que, a veces, se ha organizado espléndidamente para reivindicar sus derechos en una sociedad que se quiere joven y productivista (como ejemplo, Moragas nos habla de las «pantras grises» norteamericanas).

En un manual eminentemente práctico, aunque no pragmático (y, por tanto, lleno de teorías), no podía faltar un amplio capítulo dedicado al ocio y las actividades propias de esta etapa de la vida, teniendo en cuenta todo lo dicho sobre sus posibilidades vitales y sociales. Es aquí donde los trabajadores sociales de las más variadas procedencias (asistentes sociales, psicólogos, personal sanitario, educadores, etc.) encontrarán las experiencias y posibilidades más fructíferas. Se trata de conseguir para nuestros ancianos y para todos, cuando lleguemos a esta etapa de nuestras vidas, un ocio activo y creativo, porque la pasividad es el peor enemigo de la vejez y precipita su declive. La preparación explícita a la jubilación resulta imprescindible, aunque remotamente la mejor preparación es toda la vida anterior. Hay tantos modos

de envejecer como de vivir, y cada uno envejece según el estilo de vida elegido desde la juventud o quizá desde la misma infancia.

El libro se cierra con una breve referencia a la última etapa de la vida, la muerte, desdramatizada y considerada como hecho natural. Algo de agradecer en estos tiempos sociales en que la muerte también ha perdido sus ritos de pasaje y sus lenguajes de duelo, mientras tratamos con desproporcionados medios de prolongar vidas clínicas sin dignidad ni sentido. El problema social de la muerte, a mi modo de ver, es el aislamiento del moribundo (hay una excelente obra, en este sentido de Norberto Elías, *La soledad de los moribundos*), porque nos desvela en su cuerpo y su apagada mirada más allá de la vida, aquello que se ha transformado en indigno y que todos queremos ocultar. Moragas nos habla de la experiencia anglosajona de los *hospices*, que, a nuestro entender, bien podrían convertirse en otro encierro social para no abordar la muerte del anciano colectivamente.

El problema (o neurosis) social de la muerte lo encara el autor sobre todo como hecho personal, lo que ya es mucho en la perspectiva de quienes quieren prepararse conscientemente a envejecer y morir. Para todos, la muerte debe entrar en el proceso del vivir y, si queremos vivir plenamente, también de ella debemos hacernos cargo, previéndola más que tratando de evitarla, al fin infructuosamente. El «buen morir» o la «buena muerte», como se decía antes, debe plantear-

se como término del buen vivir o la vida buena. No es otro el sentido profundo del concepto de «eutanasia» que se aborda someramente en su doble aspecto médico consabido (eutanasia activa y pasiva), como la jubilación «a la carta». Se logra así, respetando la decisión de cada cual, aquello que fue el lema inicial de la sociología, «saber para prever».

Y, sin embargo, el buen vivir y el bien morir no se logran finalmente sin dar un cierto sentido a la vida. El concepto de salud que domina éste, como la mayoría de los textos de gerontología, no se propone ir tan lejos. Sería como traicionar la división actual de tareas entre las ciencias sociales y la filosofía.

Pere NEGRE RIGOL

AA.VV.

Symposium Internacional de Emigración y Retorno

(Cádiz, Ed. OCAER, 1990)

Los movimientos migratorios en España y Europa son un fenómeno de gran actualidad en nuestro país. Los diferentes cambios que se están produciendo en este aspecto, como en el caso de España, que pasa de ser un país de emigrantes a uno de inmigrantes, hacen necesaria una mayor profundización a este respecto. Un claro ejemplo de esto lo tenemos en el libro que aquí se reseña. Es justo señalar que en esta obra también se analizan, junto a la emigración, aspectos tales como la situación de los españoles en Europa o los aspectos teóricos de la circulación de la mano de obra.

El *Symposium Internacional de Emigración y Retorno*, del que nace este libro, tiene su origen en unas jornadas celebradas en Sevilla en noviembre de 1989, las cuales fueron organizadas por la Oficina de Coordinación de Asistencia a Emigrantes Retornados, en colaboración

con la Diputación Provincial de Cádiz.

En la conferencia inicial, el profesor Cazorla Pérez puso de manifiesto cómo la gran oleada de emigrantes españoles hacia Europa central entre 1950 y 1973 contribuyó a solucionar uno de los graves problemas de esos años en España: la balanza de pagos. Es importante recordar que de no haberse dado dicho condicionante económico hubiese sido más difícil que se produjera este masivo proceso migratorio. Además, ello mitigaría considerablemente el problema del paro, el cual habría supuesto también múltiples conflictos sociales y políticos. Esta emigración hacia Europa generó una estructura social compleja: por un lado, trabajadores estables y asegurados y, por otro, trabajadores inestables y desprovistos de estos derechos. Ante esta situación, ya en 1986 —como apunta el

profesor Cazorla—, la CEE decidió realizar una política de protección para los emigrantes europeos, facilitando así el equilibrio de la oferta y la demanda de los países comunitarios.

En este mismo sentido, la profesora Mehrlander incide sobre el significativo descenso que la inmigración experimenta en los últimos diez años en la RFA. Tal descenso ha ido acompañado de un cambio en el tiempo de estancia, pasando a tener un carácter más estable.

Con respecto a las características demográficas y económicas de los emigrantes españoles en la RFA, el profesor Gunter Mertins determina que la mayoría de este colectivo se encuentra entre los 40 y 60 años, siendo la mayor parte de ellos de la industria mecánica y ligera; de igual forma, la mayoría de nuestros trabajadores emigrantes no se encuentran asegurados, hallándose nuestro país, en lo referente a estos últimos, en la posición penúltima de entre los países del Mediterráneo.

La socióloga Carlota Solé analiza, seguidamente, la situación estructural y la importancia del colectivo de emigrantes extranjeros en Europa. Así, tras estudiar el desarrollo desigual de mano de obra que se produce en el mundo, expone cómo España —más en concreto Cataluña— adquiere una importancia notoria como lugar de encuentro de una variada amalgama de emigrantes. De este modo elabora una tipología de los inmigrantes en Cataluña en función de sus diversas características, que parece interesante recoger en estas páginas por su exce-

lente claridad. Atendiendo al Estatuto jurídico del emigrado, distíngue entre los emigrantes no documentados (de los cuales las dos terceras partes son del Tercer Mundo y de Portugal), los refugiados políticos y los extranjeros nacionalizados. Según el criterio del lugar de origen, hay fundamentalmente inmigrantes de Portugal y del Tercer Mundo, aunque empieza a aumentar cada vez más el número de marroquíes, los cuales se encuentran en peores condiciones conforme va pasando el tiempo. Por último están los magrebíes, latinoamericanos y de África negra, que son, hoy por hoy, minoritarios.

Otro de los bloques temáticos que trata este libro es el de los diferentes procesos migratorios en algunos países de Europa. De la mano de los profesores Catanzaro y Ferreira, nos acercamos a la problemática concreta italiana e ibérica, respectivamente. En el primero de éstos se señalan dos de los factores más importantes para el estudio de la emigración y el retorno: la movilidad profesional, territorial e intersectorial y sus consecuencias para el desarrollo económico. En cuanto a la movilidad, es necesario destacar que se produce básicamente entre las personas con un trabajo cualificado, siendo prácticamente inexistente entre los que no tienen una mínima cualificación. Respecto a los cambios originados en la economía, parece claro que el sector servicios es el más beneficiado; siendo, por el contrario y como era de esperar, el de la agricultura el menos preferido por los emigrantes cuando retornan a su país de origen.

Hay otro aspecto dentro del estudio de los procesos migratorios que se refiere a la mayor o menor efectividad en la movilidad de los trabajadores. Así, como pone de manifiesto Ferreira, para que ésta tenga realmente una notable efectividad debe de ir acompañada de una política de discriminación hacia los trabajadores provenientes del exterior de la zona que se tome como referencia.

Para finalizar estas notas es necesario dedicar unas breves palabras a los capítulos referidos a los problemas teóricos planteados por Castillo respecto a conceptos como emigración, emigración de retorno, reemigración y nueva emigración. Esta conceptualización, si bien puede llevar a una mayor claridad de la realidad, no hace más que mostrarnos justamente su propia complejidad. Es más, pese a las múltiples definiciones que nos ofrece, concluye que la comprensión del retorno migratorio es todavía hoy limitada, dificultándose así su conocimiento exhaustivo.

A modo de conclusión, es oportuno destacar una de las características más sobresalientes de la publicación que aquí se comenta. La profundidad con la que se abordan los temas es notoria, aunque hay que subrayar que, aun mostrando su complejidad, dificultad y diversidad del tema, se sientan las bases para cualquier estudio relacionado con esta materia, al recoger las aportaciones necesarias realizadas hasta este momento.

Igualmente, no podemos olvidar la importancia de libros como éste para las Ciencias Sociales, y más aún

si tenemos en cuenta la trascendencia que puede tener esta problemática para el futuro de la construcción europea. No obstante, los logros producidos por los autores del *Symposium* no pueden hacer obviar que quedan interrogantes sin responder. Entre éstos podemos destacar, por ejemplo, las consecuencias primarias del aumento de la población de los países del «sur» en la Europa comunitaria y su posibilidad de control por parte de los propios países*; los aranceles que se van a establecer a emigrantes que no sean europeos frente a los comunitarios, originando bolsas de trabajo precario; los posibles enfrentamientos que se pueden originar, de forma más concreta, por cuestiones de color de piel o de posición económica. A este último respecto sería positivo y saludable no olvidar que, con anterioridad, España ha sido un país de inmigrantes, lo que nos debe de servir de acicate, como señaló en la conferencia inicial el profesor Cazorla Pérez, para que no repitamos las mismas actitudes que sufrieron algunos de nuestros y nuestras emigrantes en tiempos pretéritos.

F. FERNÁNDEZ-LLEBRES GONZÁLEZ

* Esta problemática ha sido extensamente tratada en el Congreso sobre «Explosión demográfica, empleo y trabajadores emigrantes en el Mediterráneo Occidental», celebrado en la Universidad de Granada los días 6, 7, 8 y 9 de febrero de 1990, y organizado por la Asociación de Periodistas Europeos, IEGA y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Granada, estando patrocinado por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe.

SHIRLEY DEX

La división sexual del trabajo.**Revoluciones conceptuales en las Ciencias Sociales**

(Madrid, Ministerio de Trabajo y SS, 1991)

La atención prestada al estudio del trabajo de las mujeres en la última década —principalmente por la investigación feminista— y los recientes cambios producidos en el empleo femenino han posibilitado el surgimiento de nuevas formas de aproximación a las relaciones económicas entre hombres y mujeres.

En este marco situamos la obra de Shirley Dex como una de las más recientes contribuciones al debate sobre la necesidad de reconceptualización del trabajo en las Ciencias Sociales. La autora lleva a cabo un análisis crítico de las últimas aportaciones sobre el trabajo de las mujeres en campos de estudios como las Sociología Industrial y la Economía, analizando comparativamente los casos de Gran Bretaña y EE.UU.

El desafío de enfrentarse a la revisión conceptual del papel de la mujer en la economía tuvo un impulso inicial en el ámbito de investigación anglosajona. Asimismo, los estudios en torno al trabajo de las mujeres se han implantado en los diferentes países europeos. Por ejemplo, en la tradición italiana, los trabajos de Adele Pesce se han orientado hacia una aproximación a la identidad del trabajo femenino, adoptando el concepto de «diversidad» como un valor positivo y acudiendo a nuevas categorías de interpretación¹. Igualmente, en nuestro

país se han hecho importantes esfuerzos en este sentido. La contribución de los estudios impulsados por el Instituto de la Mujer y el número monográfico de la revista *Sociología del Trabajo*, número 3, «El trabajo a través de la mujer», diseñado por Adele Pesce con la estrecha participación de M.^a Angeles Durán, son algunos ejemplos que han puesto de manifiesto el interés que despierta la reflexión sobre la redefinición del trabajo a partir de la consideración del trabajo de las mujeres en España. Una tentativa que se incluye en la «construcción o entrenamiento de una forma de mirar» la realidad social, para decirlo con palabras de M.^a Angeles Durán, enormemente renovador en las ciencias sociales².

El interés de este libro procede, por un lado, de la riqueza y densidad del material examinado, que es en sí mismo un buen estado de la cuestión, aunque limitado —principalmente a la sociología industrial y la economía laboral y a la literatura anglosajona—, y, por otro lado, del sugerente análisis que se realiza sobre un rico abanico de cuestiones relacionadas con la complejidad de la experiencia laboral femenina.

núm. 10, Madrid, diciembre 1984, pp. 29-41, y, también, «Los caminos de la diferencia y de la igualdad», en *Alfoz*, núm. 7, Madrid, 1987, pp. 38-50.

² M.^a Angeles DURÁN y otras, *De puertas adentro*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1988, p. 19.

¹ Véanse A. PESCE y Vittorio CAPECHI, «Si la diversidad es un valor», en *Debats*,

La obra está estructurada en torno a tres ejes de análisis que se suceden en el siguiente orden. En primer lugar, *la consideración de la experiencia subjetiva de trabajar y no trabajar*. Para ello, la autora realiza un recorrido cronológico por la historia de la Sociología Industrial, analizando las causas del desconocimiento y la marginación de las orientaciones de las mujeres frente al trabajo. A continuación se aborda la cuestión de *la división ocupacional del trabajo y la división salarial* que ésta conlleva. En este punto se señala la contribución que ha supuesto el interés por el trabajo de las mujeres en la reconversión conceptual sobre el trabajo y las ocupaciones, influyendo muy positivamente en el desarrollo más próximo de la Sociología del Trabajo. Por último se revisan las *diferentes teorías del cambio social*, haciendo especial hincapié en *el análisis de clases*. A este respecto, Dexmatiza que la discusión sobre el trabajo doméstico ha surgido precisamente en el seno de la polémica sobre el lugar que ocupa la mujer en el análisis de clases. En el capítulo final se analizan algunas teorías del cambio socioeconómico —cambios en el mercado de trabajo, estructura industrial y ocupacional, y en las tasas de participación femenina durante el ciclo de actividad económica— bajo las perspectivas que se han dedicado a ello, reconociendo la valiosa contribución del estudio de la actividad económica femenina (bajo la interpretación dualista: trabajo mercantil y trabajo doméstico) para ampliar los análisis del cambio socioeconómico, direc-

ción de trabajo e investigación que en España representa, especialmente, la obra de M.^a Angeles Durán³.

De los muchos temas de gran interés que se plantean a lo largo de la obra nos parece interesante destacar especialmente dos que, disponiendo de espacio, merecerían una consideración más detenida.

La reconceptualización del trabajo.

La necesidad de replantear la noción misma de trabajo, acudiendo a nuevas categorías de análisis, ha sido una característica común en los estudios sobre el trabajo femenino. Tener presente la realidad femenina en la Historia del trabajo supone primeramente acabar con la noción de «trabajador unisex», asumida (conscientemente o no) en gran parte del análisis tradicional. Superada esta etapa, comienza a estudiarse de otro modo el trabajo de las mujeres (plantear preguntas similares a las que se hacen a los trabajadores varones, utilizar la variable sexo como una variable explicativa...). Sin embargo, el gran avance sólo se consigue al rescatar la identidad laboral femenina que estimula el cambio en los conceptos fundamentales del análisis: principalmente, considerar al hogar como una unidad de producción y origen de la orientación al trabajo. Llegado a este punto, las diferentes perspectivas coinciden en tratar al hogar como unidad de producción/reproducción, entrando de

³ M.^a Angeles DURÁN, «El dualismo de la economía española. Una aproximación a la economía no mercantil», en *Información Comercial Española*, Madrid, marzo 1988, pp. 9-25.

lleno en la discusión en torno al trabajo/economía doméstica⁴.

La introducción del término «trabajo de las mujeres» (doméstico y mercantil) en los análisis socioeconómicos de las últimas décadas ha ido planteando problemas en relación a la definición misma del concepto «trabajo». El punto de partida —o de mirada— que supone el trabajo, todo el trabajo, de la mujer termina, en las mejores investigaciones actuales, llevando a la reconsideración de *todas las formas de trabajo*⁵.

La mujer invisible. Una revisión histórica de la trayectoria de los estudios de Sociología Industrial y del Trabajo referidos a las orientaciones de los trabajadores frente al trabajo (taylorismo, Escuela de Relaciones Humanas, etc.) pone de manifiesto —según la autora— la invisibilidad/marginación de la mujer trabajadora como sujeto de análisis independiente.

Estudios de casos posteriores, sobre todo a partir de la década de los años ochenta, han conseguido rescatar —siguiendo a Dex— las orientaciones de las mujeres trabajadoras del destierro de la ignorancia y el olvido incorporando nuevos elementos de análisis (las actitudes

laborales de las mujeres, el contexto de los mercados de trabajo locales, etc.) al estudio de las orientaciones femeninas frente al trabajo.

Así, por ejemplo, en las valoraciones de las experiencias de desarrollo de la economía doméstica asociadas a procesos de reorganización productiva, del tipo que se ha denominado *Tercera Italia* (Emilia Romana o el distrito industrial de Prato), se pone de manifiesto el importante papel que desempeña la mujer en las nuevas formas de organización de la actividad económica. Donde se observa algo similar a una síntesis entre la vieja organización doméstica de la preindustrialización y la organización muy concentrada del final de la era industrial⁶.

Asimismo, recientes estudios sobre la interdependencia entre el mercado de trabajo y la organización familiar (poco frecuentes en España) señalan el protagonismo de las mujeres —compartido por ancianos y jóvenes— en la elaboración (consciente o no) de «estrategias familiares» en el mercado de trabajo⁷.

Por último, cabe hacer referencia al impacto de las nuevas tecnologías y los cambios que la sociedad industrial impone a una serie de oficios y profesiones femeninas, obligando a replantearse el papel de la mujer en los profundos procesos de

⁴ Véanse, nuevamente, los trabajos de M.^a Angeles DURÁN, especialmente *De puertas adentro*, y el texto incluido allí de France CAILLAVET, «El trabajo gratuito de las mujeres: de la economía familiar a la economía nacional» (pp. 379-452).

⁵ Véanse R. E. PAHL, *Divisiones del trabajo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y SS, 1991, cap. 5, pp. 149-180: «Nuevas formas de enfocar el trabajo», y J. J. CASTILLO, «Crisis del trabajo y cambios sociales», en *REIS*, núm. 38, 1987, pp. 7-20.

⁶ PIORE y SABEL, *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 190-192.

⁷ Remitimos al trabajo de Ch. SARACENO, «Estrategias familiares en el mercado de trabajo», en M. Marvami, E. Reynaud y C. Romani (eds.), *La flexibilité en Italie*, París, Syros-Alternatives, 1990, p. 116 (próxima publicación por el Ministerio de Trabajo y SS).

transformación del trabajo. En este sentido avanzan proyectos como el sugerido por Cockburn, en el cual se plantea la necesidad de que el análisis social feminista destape la «caja negra» del paradigma tecnológico⁸.

Como conclusión de esta reseña, hay que apuntar la valiosa (y poco habitual) labor realizada por Dex al tratar ordenadamente las principales cuestiones relacionadas con el debate en torno a la división sexual del trabajo bajo una perspectiva de renovación conceptual en las

Ciencias Sociales. Ofrecer un panorama del estado de la cuestión de las investigaciones accesible al público universitario fue uno de los objetivos del libro, que, en nuestra opinión, se ha conseguido. Creemos que este trabajo será, por algún tiempo, de gran utilidad como introducción a los debates sobre la división sexual del trabajo, tanto en Sociología y Economía como en Estructura y Cambio Social, ayudando a reconsiderar las teorizaciones establecidas.

Desde luego, el concepto convencional de «trabajo» tiene muy pocas probabilidades de salir indemne de una crítica como la que en el conjunto de trabajos que Dex analiza, y este mismo *La división sexual del trabajo*, suponen.

Paloma CANDELA

⁸ Cynthia COCKBURN, «Re-opening the black box: feminist Sociology Analyses Technology», ponencia presentada en la Mesa Redonda «Les usages sociaux des technologies», dentro del Congreso *Les sociologues dans le debat social en Europe*, París, 30-9 a 3-10 de 1991, organizado por Sabine Erbé (IRESCO-CNRS, París).